

# El Porvenir

Año I.—Núm. 2.

SEMANARIO REPUBLICANO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Vecla: Un mes, 25 céntos.—Fuera, trimestre, 75 céntos.—Número suelto 5 céntos.  
Anuncios, reclamos, comunicados y esquelas de función, á precios convencionales.

IMPRESA Y ADMINISTRACIÓN, San Pascual, núm. 16  
LA CORRESPONDENCIA AL ADMINISTRADOR

Vecla 1 de Julio de 1905.

## ADVERTENCIA

Por retraso inevitable no apareció en nuestro anterior número, el siguiente artículo con que el distinguido diputado por Valencia, señor Menéndez Pallarés, se digna honrar las columnas de EL PORVENIR.

Hélo aquí:

\*\*

## DERECHO INDISCUTIBLE

Los españoles militantes en política divídense en tres grupos: carlistas, alfonsinos y republicanos.

Los primeros aspiran al poder por la guerra civil; los segundos lo deben á la insurrección de Sagunto, y los terceros no lo esperamos con candidez infantil, de un Real decreto ó de una ley votada en Cortes.

De lo expuesto resulta más claro que la luz del sol, que el derecho que nadie niega en España, porque todos lo han ejercitado, es el derecho de insurrección, derecho para el derecho, derecho fundamental, imprescriptible, de legítima defensa de la libertad, del progreso y del honor de los pueblos.

Sólo una causa justa ó un ideal progresivo pueden sumar el mayor número de las voluntades de una nación. El derecho de insurrección existe en favor de los más contra la oposición de los menos, que erigen el Poder constituido en obstáculo sistemático de un progreso sancionado por la conciencia nacional.

Concretamente cabrá discutir la legitimidad ó ilegitimidad de una determinada revolución, según las causas que la provoquen; el ideal que la inspire.

Negar en absoluto el derecho á la revolución es negar la tradición del cielo, la ley del mundo, la naturaleza del hombre y la obra de la Historia.

Es la revolución más antigua que el mundo. Debe ésto su existencia á una revolución sideral y su ulterior formación á una evolución muy lenta interrumpida á veces por súbitas conmociones geológicas, como si la naturaleza hubiera sentido ataques de sublime impaciencia ó accesos de un profundo espíritu de rebelión.

Según la bíblica leyenda, hizo Dios perfecto al ángel en la Gloria y al hombre en el Paraíso. El ángel se rebeló contra Dios y vencido cayó en los infiernos. El ángel caído indujo á Adán y á Eva á turbar la paz del Paraíso rebelándose contra el mandato del cielo.

A no desmentir los sagrados textos, también hay que admirar en Dios al gran revolucionario. Desconfiando del habitual imperio de su Divina Providencia para pedir á la humanidad, hizo Dios hombre y vino al mundo á exaltar á las gentes, á predicar doctrinas á la sazón subversivas, preparando la más honda y trascendental de las revoluciones, la revolución contra todos los Poderes, contra todos los Estados, y contra todas las leyes.

En el más recto sentido histórico, revolución es el uso colectivo de la fuerza para remover los obstáculos legales y materiales que se oponen á la implantación de un ideal erigido en bandera de gobierno.

Con el auxilio de la fuerza, la Edad Media destruyó á la Edad Antigua, la Edad Moderna á la Edad Media, y la Edad Contemporánea á la Edad Moderna.

Inglaterra, Francia, los Estados Unidos, las tres grandes naciones que marchan á la cabeza de la civilización, deben toda su grandeza á sus memorables y fecundas revoluciones. ¿Y qué nación existe que no deba á la revolución cuando no su independencia, su transformación social ó política?

El derecho á la insurrección no se discute, ni se vota, ni se escribe: por esto nadie puede derogarlo.

Proscribir la fuerza como auxiliar del progreso, equivaldría á rectificar toda la Historia.

¿Qué Poder, qué Estado, qué Ley habrá en esta Tierra que pueda borrar el derecho de insurrección de la conciencia del hombre!

E. Menéndez Pallarés.

## DOS CARTAS

Las que siguen han sido ya publicadas en varios periódicos de España. A pesar de ello, las insertamos nosotros, y hasta rogamos su lectura, en la seguridad de agradar á nuestros lectores.

Si francas son las interrogaciones, y afirmaciones de la primera, rotundas y entusiastas son las réplicas parciales de la segunda; y esta última es, en conjunto, un hermoso himno á la defensa de la Libertad, y de la más pura Democracia.

Hélas aquí:

\*\*

### CARTA ABIERTA

Para el maestro  
Alfredo Calderón.

Maestro: yo admiro á usted. Hace tiempo, mucho tiempo, que ávidamente saboreo la rotunda prosa de sus artículos y nutro el espíritu con las múltiples ideas que usted sabe encerrar en los estrechos límites de unas pocas oraciones gramaticales.

Cual á mi oírle, sucede á talange numerosa de lectores que hallan, más que al articulista, al catadático sabio, al apóstol.

Como aquí cuáquero en la vida corriente, gano hasta la exageración, mezquino, insignificante como individuo aislado; gigante, coloso ingente al través de sus producciones literarias.

Hasta la Providencia, restando á usted luz en las pupilas, ha querido que usted sea desde dentro, que su espíritu profundamente impregnado de la doctrina del Cristo, pueda apreciar las cosas, las personas y los hechos desde el profundo de la inteligencia soberana.

Maestro: he dicho que admiraba á usted, y lije mal: maestro, yo siento veneración por usted.

Por ser doctor sapientísimo en lides periodísticas usted, por ser yo creyente en la virtualidad de lo lanzado á los cuatro vientos por á rotativa, escribo á usted para darle cuenta de las tremendas dudas que acojan mi espíritu, del por qué flaquean mis fuerzas, siento mis armas embotadas, y por qué en esta ucha de la Idea me siento lindando con el desfallecimiento, y casi, casi creo que realizamos una labor inútil, cuando menos anódina.

Claro está que no hiciera tales afirmaciones si á mí solamente hubiese de referirme; entonces la pequeñez del luchador justificara la insignificancia de la ventaja: es que me refiero á usted, y á todos los que como usted, un mayor ó menor grado, hace largos años vienen siendo campeones denodados de la bondad, de la justicia.

Cavia, Burell, Troyano, Moya, Dicenta, los Figueroa (aún vive el espíritu de Augusto), Romeo, Lerroux, Maetz, López Ballesteros, Bonafoux, Paris, Nogales... muchos! hace quince ó veinte años que á diario y sin vacilaciones ni desmayos, vienen combatiendo por y para el Progreso en todas sus manifestaciones.

Seguramente habrá usted notado que de la parte liberal (en el sentido lato de la palabra) están todos ó casi todos los buenos, los mejores, lo que vale, lo que supone opinión, ambiente.

Pues bien (y perdón por lo vulgar del bordonillo), los resultados son perfectamente opuestos á los fines perseguidos.

Al cabo de tres ó cuatro lustros de lucha intelectual, de quince ó veinte años en que la

rensa ha centuplicado su circulación, en que se han creado numerosas de escogidas plumas han efendido en todos los estilos y énto dos los bonos la Libertad, la Igualdad y el Progreso; el cabo de ese espinoso camino, nos hallamos en plena Teocracia, señora absoluta á la Reacción; siervos de la cogulla, mal que nos pese...

¿Qué es esto, maestro?... ¿Nos habremos equivocado?... Hemos dispuesto de la publicidad; hemos tenido las inteligencias más excelsas de nuestro lado; hemos tenido y tenemos en favor nuestro la bondad de la Idea...

¿Y estamos vencidos! ¡Quince ó veinte años para crear y sostener una Prensa, la mejor del globo acaso, y tener por premio un fraile en la sopa, una procesión al revolver de cada esquina, y gobernantes de *akase* y palo!...

Maestro, ¿qué es esto?

Paréceme ver en sus labios esa dulce y tristonsonrisa con que á usted nos lo presentan en sus retratos, y hasta paréceme escuchar su voz que, reflejo de su pensamiento, me argumenta así:

—¡Pluso! ¡Impaciente! ¿Viste acaso triunfar un ideal rápidamente? ¿Acaso no te has percatado aún del carácter de las luchas modernas? De una parte la bravura, la nobleza, siempre el rostro de frente al peligro; de la otra, la arteria, la insinuación solapada, el predominio que presta el amparo de una bandera mal llamada religiosa...

Es el león que ruge desafiante: la serpiente que aprovecha el rugir aquel para enroscarse en vueltas múltiples al cuerpo del rey del desierto...

Aquella espiral sofocadora, es nuevo nudo gordiano...

—Verdad, maestro: eso es... Pero ¿qué hacemos? Lo que haría el león al cabo; un zarzapazo vigoroso, la espiral se quiebra, el nudo gordiano se rompe...

¡Ay, maestro! ¿Qué lindo para escrito! Pero la realidad es muy otra. La realidad es verle á usted pobre y ciego ¡á usted que llena media España! es ver á las mejores inteligencias postergadas y peleando miserablemente el cotidiano pan; es ver triunfantes á las medianías y aún las nulidades en todos los órdenes; en el político, en el social, en el literario, en el religioso, en todos, en todos...

Es ver pasar insultante á nuestro lado la mercenaria de su belleza, provocativa en su desecado y su lujo, mientras conzan centenares de hembras sufridas en el taller ó en la fábrica explotadora; es contemplar á nuestro lado con horrible crispamiento de nervios hombres famélicos, otros con la juventud y la virilidad atrofiadas por castigos bárbaros, mientras discurren ahitos de bienestar aristocráticos de inteligencia menguada y ejemplares de todas las fraillerías; es ver como nos roban nuestra tierra, rindiendo todavía pléto homenaje á los ladrones de nacionalidades...; es en fin, maestro, un cúmulo horrible y hediondo de todas las lacras sociales, de toda una depauperación moral muy honda...

Lo confieso honradamente, maestro. Flaquean mis fuerzas, siento profundos desmayos, domina en mí la sensación del asco; un asco muy grande hacia las cosas y las personas...

Cierto que debe cumplirse con el Deber por el deber mismo; que los imperativos de la conciencia no pueden ser una palabra hueca; que la mayor postración fisiológica aparea más violenta reacción...

Pero entretanto, maestro, usted, que tanto vale, consuéleme, cóntórtome; porque hoy, preso de confusión profunda, sólo se me ocurre preguntarle:

—Maestro, ¿qué es esto? ¿Nos habremos equivocado?

Jacinto Soriano.

## RÉPLICA

Al distinguido escritor D. Jacinto Soriano.

En mal momento llegó á mis manos su carta. Ausente del hogar, hondamente preocupado por la salud del ser á quien más amo en el mundo. (1) Faltóme para contestarle debidamente tiempo, ocasión y ánimo. Imputo, le ruego, á estas deficiencias el que mi respuesta no corresponda, ni por la oportunidad ni por el contenido, á lo que de mí demandaban en este caso la cortesía y aun la gratitud.

Si, es un hecho indiscutible, es una realidad dolorosa, los que usted señala con profundo acierto. Toda ó casi toda la intelectualidad española es liberal, con asomos de radicalismo. Toda ó casi toda la actualidad de la vida nacional es ultramontana, con tendencias y resabios medioevales. Honda excoición trabaja aquí á la conciencia colectiva. Por eso no único ni nuevo en nuestra historia, pensamiento y voluntad resultan divorciados en el alma de la patria. Por un lado van las ideas y los actos por el opuesto. Y al contemplar de qué suerte toda una meritisima labor de propaganda y apostolado, todo el esfuerzo de la elite intelectual de España, se esteriliza y desvanece, impotente para impedir el triunfo de la más torpe, grosera y pedestre de las reacciones, natural es que el espíritu acojonado se formule á sí propio la pregunta que usted me dirige en su carta: ¿Nos habremos equivocado?

Si y no. Hemos incurrido en un error de hecho, no de principio. Sorábanos, nos forjábanos ilusiones. Los que conocimos á aquella gloriosa España del 68, tan henchida, ya que no de realidades, de esperanzas, nunca

tra infortunada patria los negros días presentes. La libertad parecía definitivamente conquistada. La vieja España parecía definitivamente incorporada á la familia de las naciones cultas y resuelta á convivir con ellas en la comunidad del derecho. ¿Quién no habría esperado que, á costa sin duda de grandes luchas, en premio de nobles sacrificios y de abnegaciones generosas, la semilla de la civilización acabaría por fructificar y dar cosecha ubérrima en este nuestro ingrato suelo? Tal fué nuestro error. Hermoso espejismo después de todo, que ha sostenido nuestras fuerzas y nos ha inspirado aliento en el rudo batallar. Es bello equivocarse por juzgar á hombres y cosas mejores de lo que son. Sin esos engaños nunca habría tenido el mundo apóstoles, ni mártires, ni héroes. Lejos de mí la pretensión de aspirar á tan altos títulos. Pero, en fin, si en una sociedad como la nuestra hay en luchar desinteresadamente por las ideas, en oponerse á la corriente dominante y en afrontar las hostilidades del medio, su poquito de apostolado, su majía de heroísmo y aun su escrupulo de martirio, cuanto no hemos realizado á un engaño se lo debemos.

¿Es qué, sin tal ilusión, no debimos hacer lo que hicimos? ¡Ah! En eso sí que no cabe extravío. Quien obra obedeciendo al imperativo del deber, al dictado de la conciencia, podrá equivocarse en la apreciación de la oportunidad, en la elección de los medios; por lo que respecta á la dirección general de su conducta nunca tiene que arrepentirse. De mí sé decir que, revisada toda mi labor periodística, no borrraría en ella una sola tilde. El vino generoso de la ilusión me animó en mi labor, pero no perturbó en mí el discernimiento. Y ahora, cuando la dura realidad se impone y el fracaso definitivo amarga y la esperanza casi desfallece, dispuesto me hallo como nunca á continuar la pelea; si triunfante por la victoria; si vencido por el honor.

El intelectualismo se malogra en España. ¿Qué quiere usted amigo Soriano! El menosprecio del pensamiento está en nuestra tradición. Como los bereberes, cuya sangre circula por nuestras venas, somos los españoles austeros, bravos, sóbrios, arrogantes, fanáticos, misonseistas crueles, duros de condición.

(1) Refiérese á su hija enferma.